

Presentación¹

Voy a invitarlos a un breve viaje al origen de este libro, que está entreverado con importantes procesos que he vivido como académico. Empiezo por lo más próximo y luego voy retrocediendo en el tiempo, para regresar al final al presente.

1.

La decisión de escribir este libro fue desencadenada por dos conversaciones. Una fue bastante frecuente; me atrevería a decir, coloquialmente, que fue el “cateteo” de un querido amigo, primero alumno, luego ayudante, más tarde asistente en la preparación de los dos volúmenes sobre teología de la liberación que se publicaron en *Anales* en enero de 2016, finalmente asistente en los dos últimos seminarios de posgrado que di en esta Facultad en 2019 y 2020. Este buen amigo me insistía en que publicara mis apuntes del curso de teología fundamental, ya que él tenía una buena experiencia con sus alumnos de cursos teológicos de formación general a los que hacía leer algunos capítulos de esos apuntes. Yo me resistía por dos razones. Una era el tamaño de los apuntes, que me parecía excesivo para un libro (habrían sido unas 700 páginas, lo que desanima a cualquier lector). Pero había otra razón de fondo: los diversos capítulos de los apuntes estaban en muy distinto grado de maduración. Sin embargo, la idea de publicar me seducía.

Durante el encierro de la pandemia vi una luz. Los cuatro hermanos que vivíamos en la comunidad de Valparaíso hicimos, obligados, vida cuasi monástica y conversamos mucho. En algún momento de esos meses, el hermano más joven, que había hecho pocos años antes sus estudios de teología en la Facultad de los jesuitas de Comillas en Madrid, me contó que allá habían empezado una nueva colección de textos teológicos, pidiendo a los profesores que presentaran una síntesis del curso que hacían, de unas 200 páginas. Eso me abrió una perspectiva que me entusiasmó, porque me desafiaba a presentar lo medular de lo que yo había llegado a entender por teología fundamental al cabo de mis más de 40 años de docencia en esta Facultad².

2.

Una vez tomada la decisión de escribir, tenía que ver qué estructura darle al texto. En mis primeros años de docencia de la teología fundamental acompañaba a otro profesor más experimentado, que había estructurado la materia según se hacía en los años 60, esto es, en dos partes, la primera sobre la revelación (era la que tomaba yo), la segunda sobre la fe.

¹ En el lanzamiento de mi libro “Teología Fundamental. Un esbozo” en la Facultad de Teología, miércoles 18 de octubre a las 11.00.

² De 1979 a 1981 hice la parte sobre la revelación en el curso de Teología Fundamental. En 1985 hice, con el nombre de “Revelación y Fe” el curso de Teología Fundamental en el programa vespertino de Teología para Laicos. Entre 1987 y 2008 hice el curso de Teología Fundamental en la Facultad (con excepción de tres años, 1990, 2001 y 2004). Además, di en el pregrado seminarios o cursos optativos sobre Fe y cultura en 1979, 1984, 1986 y 1988; y en el posgrado seminarios sobre Cultura y fe (1982 y 1991), sobre el Concepto fundamental de la teología (2008) y sobre Teoría teológica (1987).

A poco andar, me tocó quedar solo con todo el curso y lo seguí haciendo de esa manera. Pero año a año crecía una cierta incomodidad que experimentaba con la estructura que tenía. El año 1990 fui invitado a la Facultad de Teología de Cataluña en Barcelona, a dar un curso de teología fundamental, dividiéndonos la materia con el profesor de esa Facultad. Él le daba otra estructura, derivada de los tratados de los comienzos de la disciplina en el siglo XVIII, que nació como respuesta al desafío del racionalismo triunfante en el pensamiento filosófico en Europa. Esos primeros tratados de teología fundamental tenían tres partes. Cada una de ellas se presentaba como una demostración racional; los teólogos se habían adecuado al “rayado de cancha” impuesto por el pensamiento racionalista. La primera demostración se refería a Dios; se demostraba su existencia y su naturaleza personal. La segunda se refería a Cristo; se demostraba que era el “legado” de Dios, con la misión de revelarlo, porque estaba acreditado mediante las profecías que se cumplían en él y los milagros que realizaba. La tercera tenía como finalidad demostrar que la Iglesia católica era la institución acreditada para prolongar la misión reveladora de Cristo en la historia posterior. En la Facultad de Cataluña, como en todas las que se ceñían a esta estructura, se reservaba la primera de estas demostraciones para el currículo de los estudios filosóficos y las otras dos para la teología fundamental, pero desde una perspectiva ya no racionalista, sino más teológica, lo que las convertía en Cristología fundamental y Eclesiología fundamental. Cuando fui invitado a Barcelona me pidieron que hiciera la Eclesiología fundamental. Esta estructura para la teología fundamental me convenció menos aun que la que tenía en nuestra Facultad.

En los últimos años de la docencia descubrí la posibilidad de una estructura diferente, basada en las funciones o tareas que la teología fundamental como disciplina había ido asumiendo a lo largo de los siglos, desde la función apologética, que busca mostrar que la fe cristiana es creíble, hasta la función dialogal, que intenta escuchar las preguntas que en cada época se plantean las diversas culturas, y la consiguiente función autocrítica; pasando por dos funciones más intra teológicas, la sistemática, que busca los conceptos fundamentales que están en la base de la teología en general, y la gnoseológica o epistemológica, que estudia las fuentes y los principios del conocimiento propio de la teología como ciencia. Estas funciones no han sido inventadas por la imaginación de los teólogos, sino que tienen raíces en la historia de la fe y de la reflexión teológica. La función apologética surge de la necesidad de los creyentes de justificar racionalmente su creencia; por eso puede encontrarse en cualquier religión y en cualquier época histórica³; de hecho, hay elementos apologéticos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, así como en la reflexión teológica sobre la fe cristiana, en cuyos inicios aparece ya un grupo de pensadores que han sido denominados los “Padres Apologistas”. A comienzos del siglo XVI, la reforma protestante niega el valor de la tradición posterior a Agustín (en el siglo V) y subraya que la fe se basa sólo en la Escritura; niega asimismo la misión de enseñar encomendada al episcopado, en nombre de una palabra de la 1ª carta de Juan: “tengan presente que la unción que de él han recibido sigue estando en ustedes y no necesitan que nadie les enseñe” (1Jn 2,27); esto plantea a los teólogos católicos la necesidad de pensar el aporte respectivo de la Escritura, la Tradición y el magisterio de los obispos y de los teólogos en la reflexión teológica (función gnoseológica). Poco después, la difusión del pensamiento racionalista desafia a pensar cuál puede ser la estructura de una teología que quiera ser una reflexión sistemática, científica, sobre la fe (función sistemática). En el siglo XX algunos teólogos y pastores de la iglesia católica se dan cuenta de que es necesario escuchar las preguntas reales de los contemporáneos, para no seguir dando las respuestas hechas para preguntas que ya no se plantean; esta necesidad recibe carta de ciudadanía en el Concilio Vaticano II (función dialogal). De

³ Dice San Agustín: *Quis enim non videat, prius esse cogitare quam credere? Nullus quippe credit aliquid, nisi prius cogitaverit esse credendum* (De praedestinatione sanctorum, libro I, 2,5): Pues ¿quién no ve que primero es pensar que creer? Nadie, en efecto, cree si antes no piensa que se debe creer (Obras de San Agustín, tomo VI, Tratados sobre la gracia. Madrid, BAC, 1956, 484 en latín, 485 en castellano)

esta función surge necesariamente la función autocrítica, porque el diálogo auténtico supone ponerse en la perspectiva de ese otro con el que se quiere dialogar y verse como él nos ve. En torno a estas cinco funciones me pareció que los temas habitualmente tratados en el curso de teología fundamental quedaban mejor situados, además que se los podía iluminar por el contexto en que se habían ido planteando a lo largo de la historia de la teología.

3.

A mediados de los años 70, entre 1974 y 1977, hice algunos estudios en ciencias sociales. En ellos tomé conciencia muy viva de la influencia que ejerce la cultura en el pensamiento, incluida por cierto la teología. Confluyeron en esta toma de conciencia estudios anteriores en filosofía -sobre todo de teoría del conocimiento y hermenéutica- y los estudios bíblicos en perspectiva histórico-crítica, y se enriquecieron mutuamente. Ya desde que comencé a enseñar la teología fundamental tenía clara la influencia de la cultura en el pensamiento, por lo que, antes de entrar en las materias propias de la disciplina, hacía una primera parte sobre la cultura, la fe y la teología; lo he hecho asimismo en este libro que estamos presentando.

4.

Finalmente, volviendo al presente, siento el deber de agradecer a los dos árbitros a quienes se envió mi manuscrito para que lo evaluaran y aportaran sus observaciones. Sus informes me ayudaron a ver dos carencias importantes de mi texto, que traté de resolver. Por una parte, las cinco funciones de la teología fundamental aparecían simplemente yuxtapuestas, dando la impresión de que se habían ido añadiendo a lo largo de la historia como si la teología fundamental fuera una suerte de "cajón de sastre" donde iban cayendo las cuestiones que no tenían cabida en las demás disciplinas teológicas; la presentación que yo hacía no mostraba que entre ellas había un vínculo orgánico que justificaba su pertenencia a una misma disciplina como un todo unificado desde dentro. Por otra parte, los árbitros echaban de menos una conclusión. Como escribieron, no sin algo de humor, uno de ellos: hay que agregar "una conclusión general al texto para no terminar la lectura del libro con el último subpunto de la última sección".

Estas carencias me hicieron revisar el texto, para poder expresar más claramente los dos aspectos señalados. Por un lado, en las transiciones de un capítulo a otro fui exponiendo las articulaciones internas entre las cinco funciones de la teología fundamental, de manera que se pudiera ver la unidad de la disciplina. Por otro lado, en la conclusión mostré las líneas de fondo del texto para que el lector pudiera hacer con más facilidad una síntesis del texto leído.

El viaje al origen del libro, en cuanto este libro es vehículo de un contenido intelectual, lo termino aquí, con la última frase del último punto.

5.

Añado, sin embargo, dos cosas más sobre el libro en cuanto es también un objeto material.

Lo primero son mis agradecimientos al profesor Rodrigo Polanco, director de publicaciones de la Facultad y organizador de esta nueva colección, de la que mi libro tiene el arriesgado honor de ser el primer número. Agradecimientos asimismo a las Ediciones de la UC por el cuidado que han puesto en la edición, cuyo resultado es un hermoso libro.

Lo segundo es una información sobre el cuadro que aparece en la portada del libro. Yo quise que fuera de Antoine Knibily, un hermano francés que vino a Chile en 1947, sufrió horriblemente haciendo clases a niños pequeños en nuestros colegios, siempre obsesionado con su deseo de servir a los pobres. Su sufrimiento lo llevó a niveles de angustia que lo tuvieron al borde de una crisis de locura. Lo salvó el descubrimiento de la pintura. Vivió desde entonces una vida errante de artista, pero dándose tiempo siempre para visitar cárceles y comunicar a los presos la buena noticia de la

inmensa misericordia de Dios. Unos 20 años antes de su muerte volvió a Chile, se instaló en El Tabito en un sitio directamente al borde la playa, en el que construyó su casa y una casa para recibir niños de poblaciones pobres para unos días de paseo y de descanso, y siguió pintando y visitando a los presos. Murió en el 2020 de 100 años de edad, enteramente lúcido y con espléndida memoria. Mi intención fue poner en la portada uno de los muchos cuadros en que él pintó hermosos floreros; pensaba aludir así a la palabra de Jesús acerca de cómo Dios viste las flores del campo (Mt 6,28-30). Pero el espacio disponible era horizontal, no vertical como requiere un florero. Recordé entonces que Antoine pintó también numerosos lagos, y el mar de Galilea o lago de Tiberíades tiene una presencia importante en los relatos evangélicos. Eso y el afecto que tuve a Antoine Kinibily explican el cuadro de la portada.

Gracias.